

La Globalización y la Cultura Nacional

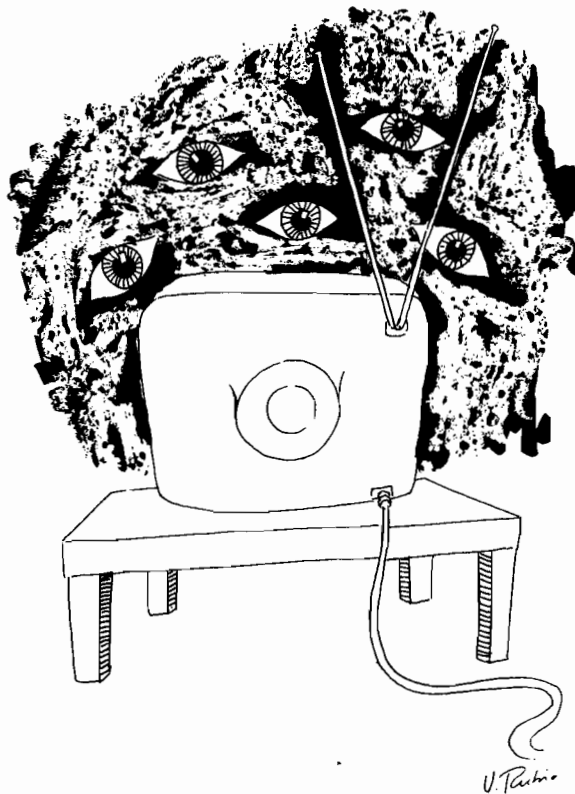
Profr. Francisco Leonardo Saavedra

Investigador del Instituto de Investigaciones Legislativas

La cultura, como expresión globalizadora de lo objetivo y de lo subjetivo del que-hacer humano en su contexto histórico y social, define a cada momento el perfil del hombre en su individualidad y los conjuntos sociales más o menos amplios, que pueden abarcar desde pequeñas comunidades hasta naciones enteras o incluso, conjuntos más grandes; sobre todo en nuestro tiempo, en el que la revolución científica, técnica e industrial hace cada vez más universal al hombre y homogeneiza formas de producción, de consumo, hábitos, actitudes y habilidades; aunque también se observa una disposición al aglutinamiento y defensa cultural de comunidades que sienten que este proceso de universalización tiende a violentar los rasgos esenciales que definen la personalidad de sus pueblos y que lo hacen diferentes frente a otros.

El reto que ahora tienen la mayoría de las comunidades en el mundo y, en especial, las naciones subdesarrolladas, es alcanzar un equilibrio entre las ventajas que representan para el hombre moderno todos los avances científicos y tecnológicos y el acercamiento a través del conocimiento más amplio de los rasgos distintivos de otras comunidades, con la valoración y recreación diaria de todo lo que ha creado una personalidad propia.

Este equilibrio se tiene que dar, pues el pueblo que apuesta a la modernidad por encima de su perfil, corre el riesgo de enajenar su espíritu y, en consecuencia, perder el rumbo propio dentro de un universo cada vez más cambiante, y desaparecer o ser absorbido por otra u otras culturas. Por otro lado, aquel pueblo que se refugia en sí mismo y exclusivamente en



su pasado, sin valorar los cambios y las aportaciones universales, estará condenado también a ser borrado, tarde o temprano, porque la fuerza de los cambios son, ahora más que en otros tiempos, procesos generales en el mundo.

Nuestro país, que está cada vez más involucrado en el proceso de globalización mundial a partir de la posible formalización de un bloque de naciones que tiene marcadas diferencias culturales, sobre todo por el origen nuestro, forjado en el encuentro y fusión de las naciones indígenas que habitaban en esta región del mundo, y la cultura latina, expresada en la conquista española, y las culturas sajonas que permean a las naciones que se ubican al norte de la República Mexicana, tiene que defender la personalidad de este pueblo que se forjó en un mestizaje no sólo racial, sino también cultural y psicológico.

En efecto, la personalidad del pueblo mexicano se ha ido forjando durante siglos a partir de las culturas autóctonas como la olmeca, la azteca, la maya y otras, creadoras de notables avances en la medicina, en la arquitectura, en la escultura, en la pintura, en el cómputo del tiempo, con mayor precisión que los europeos de su tiempo y muchas otras expresiones que hacían del indígena un hombre sobrio, discreto y digno.

La conquista conoció, de parte de los dominadores, desde las formas más violentas del sometimiento corporal y de la mente, hasta las más elevadas expresiones del humanismo con los frailes misioneros, formados dentro de los fundamentos renacentistas como: Bartolomé de las Casas, Toribio de Benavente, Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga o Alonso de la Veracruz; de tal manera que el mestizaje no sólo fue de sangre, sino también del pensamiento.

La fusión de razas y culturas que venían de la profundidad de los tiempos, pues los españoles soportaban la carga de ocho siglos de dominio árabe, con la mezcla de las naciones indígenas y la llegada de la raza negra africana, creó un mundo colonial extraordinariamente plural en razas y castas, formas de pensamiento, producción, consumo y quehacer cotidiano. Sin embargo, esa pluralidad no fue ningún obstáculo para la preponderancia de los españoles; su hegemonía estuvo lejos de borrar lo indígena, y sucedió todo lo contrario: las dos culturas se entrelazaron para dar lugar a la cultura mestiza que terminó por imponerse y erigirse en síntesis del choque y la fusión de la que surgió un pueblo con una nueva psicología.

La Colonia, efecto y causa, resumió y originó, con el marco de la cultura dominante, desde las formas más abstractas del pensamiento, hasta los conocimientos, hábitos, habilidades, actitudes y prácticas más elementales de la nueva sociedad y, por lo tanto, de una nueva cultura con múltiples expresiones, donde coexistían —a pesar de la violencia de los conquistadores más contumaces— el mundo prehispánico que se empeñaban en preservar las comunidades indígenas más aisladas y los centros culturales de la élite.

Esa convivencia de lo español, lo indígena y las expresiones mestizas, le dieron el camino por el que transitaría la nueva sociedad. Ese camino ha sido y debe ser, en esta época de la nueva modernidad, el de conocer, valorar y aclimatar a la forma de ser del pueblo mexicano y a los intereses de la nación, todas las aportaciones que nos puede hacer el mundo; pero al mismo tiempo, mantener lo que nos ha dado una personalidad propia y un elevado nivel espiritual y material; porque la cultura, con ser una totalidad, tiene aspectos que no enriquecen ni

fortalecen el alma de los pueblos, sino que los degradan y los sumen en el atraso.

Si no es imposible, sí verdaderamente difícil, al menos en un trabajo de estas dimensiones, penetrar en las profundidades de definir o puntualizar lo que debe preservarse o defenderse de la cultura nacional y lo que debe superarse; sin embargo, a riesgo de caer en un esquematismo estéril o en una parcialidad tal que resulte una idea hueca, me atrevo a afirmar que hoy resulta un imperativo, ante la avalancha de productos materiales, de valores, de formas de concebir la cotidianidad y de vivirla en el trabajo, en el descanso y en la recreación, reflexionar individual y colectivamente sobre lo que ha sido nuestro pasado, lo que hemos construido como pueblo, no sólo en el terreno de lo material y funcional, según la concepción de cada época, sino también el plano del conocimiento, de las más diversas manifestaciones artísticas, de las costumbres y de la práctica política que nos ha permitido, en algunos momentos, ser dueños de nuestro propio destino.

Defender lo prehispánico, no como una exaltación folklórica que no valora y que, por el contrario, denigra. Defender lo indígena, no con la visión de la cultura occidentalizada, sino a partir del respeto mismo de su cosmovisión.

La Colonia, con todo lo que representó, finalmente aportó al nacimiento de nuestra nación un conjunto variado y rico de expresiones culturales en todos los campos del quehacer humano, y es el origen mismo de nuestro perfil como pueblo. De tal manera que, si la élite gobernante introdujo muchos de los valores artísticos que se desarrollaban en Europa, como el gótico, el plateresco, el barroco o el neoclásico, en materia de construcción de edificios, de

música o pintura, muchas de esas expresiones fueron ejecutadas por manos indígenas, mestizas o criollas, como en el caso de don José Luis Rodríguez Alconeda y, sobre todo, de don Miguel Cabrera, pintores destacadísimos.

En el campo de las letras, la filosofía y las ciencias también hubo aportaciones de gran importancia. Así, surgieron sabios como don Antonio Valeriano, llamado el Cicerón indio; Martín de la Cruz, quien escribe la primera obra sobre yerbas medicinales, entre otros representantes de la raza vencida. “El siglo XVII, el primero del Virreinato ya sólidamente estructurado —dice Lombardo Toledano— produce tres personajes de valor universal, que despiertan en Europa un nuevo interés por México y una justificada admiración por su obra: Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora. El primero estudia aquí y a los veinte años parte a España con el fin de darle mayor brillo a su Siglo de Oro. Sor Juana, a pesar de la brevedad de su vida creadora, que parece relámpago, es hasta hoy la figura más grande de la lírica mexicana, pero fue también un caso extraordinario de amor al saber, preocupándose por igual de las matemáticas y la historia. Sigüenza y Góngora, discípulo de Descartes y enemigo de la tradición escolástica, fue poeta, matemático, astrónomo, cosmógrafo, historiador, cronista, biógrafo y técnico en fortificaciones y artillería. Investigó las civilizaciones indígenas y, como dice Alfonso Reyes, representa y suma toda la cultura de la Nueva España de su tiempo.”¹

Al finalizar el siglo XVIII, el arte neoclásico, expresado en la arquitectura, la pintura, el grabado y la escultura dejó obras extraordinarias como: El Palacio de Minería, obra del valenciano Manuel Tolsá, o la Iglesia del Carmen, en

Celaya, de don Francisco Tresguerras; en el grabado debe mencionarse a don Jerónimo Antonio Gil, notable grabador de medallas, así como dibujante destacado; la pintura neoclásica se plasmó en la cúpula de la catedral y el plafond de la capilla del Palacio de Minería; en la escultura destaca la estatua de Carlos IV, realizada también por Tolsá, y finalmente, el dibujo fue cultivado por Antonio Gil y por Rafael Ximeno y Planes, que en el desnudo masculino dieron una idea del hombre nuevo, a semejanza de los pintores y escultores renacentistas.

La estructura económica y social heredada de la Colonia no sufrió cambios sustanciales en todo el siglo XIX, y hasta, al menos, las dos primeras décadas del presente; aunque se incorporaron una serie de elementos que permitieron ir preparando las transformaciones impulsadas por la Revolución Mexicana. No se puede decir lo mismo de la esfera política y cultural, porque a partir de la independencia y hasta la época señalada anteriormente, se da un conjunto muy amplio de hechos que empiezan a transformar al país y que, desde luego, representan impulsos muy amplios para el desenvolvimiento cultural de la nación.

Bien podría decirse que los fenómenos en que descansa todo el desarrollo de la nación son las siguientes: una lenta pero persistente transformación económica; el establecimiento y desenvolvimiento del Estado-Nación; el afianzamiento de la independencia política de la nación; la diversificación de las relaciones internacionales del país; la formación de una conciencia nacionalista y antiimperialista; una gran diversidad y pluralidad ideológicas; la progresiva tendencia al individualismo como eje de la conducta humana, desde luego, el desenvolvimiento de expresiones

culturales nuevas, en medio de todo lo acumulado en el pasado.

El romanticismo, el costumbrismo, el realismo y el modernismo se convierten en las grandes corrientes, escuelas y estilos en la literatura, la poesía y otras formas de expresión artísticas. Desde la primera novela hispanoamericana: "El Periquillo Sarmiento" de Joaquín Fernández de Lizardi, hasta las aportaciones de los autores realistas del porfirismo como: José López Portillo, Emilio Rabasa, Federico Gamboa o Heriberto Frías; los poetas modernistas: Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón y Amado Nervo; y los románticos como Manuel Acuña y Manuel M. Flores.

De estas corrientes hay que mencionar en forma especial al costumbrismo y al realismo, para el conocimiento de lo que fue la sociedad mexicana del siglo XIX, a través de las obras de Guillermo Prieto, Manuel Payno, José T. Cuéllar y Manuel Altamirano, entre otros, además de los ya mencionados. Esta literatura captura en cuadros a personajes, hábitos y actitudes de la sociedad en su conjunto y de prototipos de personas, son, cada uno de sus párrafos, como imágenes en movimiento. Puede decirse que lo que hicieron los literatos costumbristas o realistas al capturar la imagen social, lo hizo en el terreno de la pintura don José María Velasco, al capturar el paisaje mexicano.

La literatura, no sólo como creación artística, sino como parte de la lucha política, produjo obras que son parte del patrimonio cultural de la nación; sobre todo, las grandes obras de carácter histórico y filosófico que se escribieron a partir de los años treinta. El "Cuadro Histórico de la Revolución de Independencia" de Carlos María de Bustamante. El "Ensayo crítico de las

revoluciones de México desde 1808 hasta 1830”, de Lorenzo Zavala. José María Luis Mora, el principal ideólogo liberal de la primera mitad del siglo XIX, publica en París sus “Obras sueltas”, en 1837. Mariano Otero da a conocer sus “Obras” en 1842 y Lucas Alamán, el más destacado pensador de los conservadores de esta época, en 1849 publicó su “Historia de México”. Debe mencionarse también, entre otros documentos importantes, el discurso de Gabino Barreda, llamado “Ovación Cívica” al triunfo de la República Restaurada, en la que plantea la historia de México, ante la perspectiva del positivismo. Asimismo, la obra histórica, cumbre de la visión positivista: “México a través de los siglos”, de varios autores, dirigida por Vicente Riva Palacio, que apareció entre 1884 y 1889.

Esencial para el desarrollo de la cultura en México fue la obra educativa de los liberales durante el siglo pasado, empezando por la escuela lancasteriana, que a principios de la década de los veinte rompió con el monopolio del clero en la educación básica y la reforma educativa de don Valentín Gómez Farías en 1833, creada por la Real y Pontificia Universidad de México, por inútil, irreformable y perniciosa. Continuada de esta política fue la Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal del 2 de diciembre de 1867, por medio de la cual se le da una orientación científica a la tarea educativa y se crea la Preparatoria Nacional, entre otras virtudes de la ley mencionada. Importantes también fueron: El Congreso Higiénico y Pedagógico de 1882 y los Congresos de Instrucción de 1889 y 1891.

Dentro de las tareas educativas y su impacto en la sociedad, sobresale la Academia de San Carlos que en el terreno de la pintura, la escultura y el grabado, le dio un gran impulso a

la cultura en México, sobre todo con la presencia de algunos artistas extranjeros como el pintor catalán: Pelegrín Clavé o Eugenio Landesio, que dirigieron esta institución o la orientaron como docentes.

También en este siglo se desarrolla la música popular, en especial el corrido, que surgió a fines del siglo XVIII como derivación del romance. Aparece el mariachi y lo que puede denominarse como género musical nacionalista, en la época de la intervención francesa. En la etapa porfirista conviven la música propia de sectores medios o de la élite a través de las composiciones de Felipe Villanueva y Ricardo Castro y la música popular, entre ella el danzón que, como géneroailable, nos llegó de Cuba y tomó carta de naturalización en Veracruz primeramente; poco después, también caribeño, llega el bolero, que termina por ser una expresión propia de nuestra idiosincrasia.

La imagen de progreso que el gobierno de Porfirio Díaz trató de divulgar, sobre todo al exterior de México, incluyó una importante labor de construcción pública en edificios para la administración, monumentos históricos y obras de ornato y para la recreación, en las que la arquitectura y la escultura recrearon diversas tendencias y estilos como: el neogótico, el romántico alemán y el renacentista italiano.

La Revolución Mexicana de principios de siglo, vino a convertirse en el fenómeno central a partir del cual se define la vida toda del país y, desde luego, en torno al cual se desenvuelve la cultura nacional; sobre todo en expresiones como la filosofía, la literatura, la pintura, la música, el cine, etc.

En efecto, a la rebelión armada correspondió la rebelión intelectual. Desde el seno mismo de la Universidad

de México, institución surgida aún en la administración porfirista, el grupo Ateneo, primero; y luego, la generación de los siete sabios, impulsan la revuelta intelectual contra el oficialismo positivista. Estas dos generaciones en las que participan intelectuales como: Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Pedro Enríquez Ureña, Vicente Lombardo Toledano, Alberto Vázquez del Mercado, Teófilo Olea y Manuel Gómez Morín, entre otros, se convierten en promotores entusiastas de las más importantes manifestaciones de la cultura nacional.

La gran movilización de masas que significó la Revolución Mexicana, no sólo en su etapa armada, sino también en su periodo de construcción, envolvió en su vorágine a todas las actividades creadoras y a sus más destacados representantes; de tal manera que las obras más fecundas y trascendentes de la cultura están ligadas íntimamente con ese movimiento social. De ahí que se hable de una "Literatura de la Revolución Mexicana", que ha dado obras como: "Los de abajo", de Mariano Azuela en 1915; "El águila y la serpiente", de Martín Luis Guzmán, en 1928; "La sombra del caudillo", del mismo autor en 1929 y muchas otras obras de autores como Rafael F. Muñoz, Mauricio Magdaleno, Francisco L. Irquizo, José C. Valdés, etc., que en sus obras reflejan el drama terrible de la revolución. La pintura mural en la obra de David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera se convierte en uno de

los más poderosos instrumentos de educación, formación de conciencias y protesta social. En la música popular, el corrido se revela como una expresión combativa y la música "cultura" crea obras apegadas al nacionalismo impulsado por el movimiento armado, en las composiciones de Carlos Chávez, Candelario Huízar y Silvestre Revueltas. El cine también refleja la preocupación por lo mexicano, lo nacional, y recrea los temas revolucionarios.

La educación vuelve a ser, como en otros tiempos, una de las principales preocupaciones y así surge ese gran movimiento educativo llamado "Escuela Rural Mexicana", que junto con la reforma agraria y la lucha por los derechos de los trabajadores, constituyen una gran etapa de reivindicaciones sociales, ahora condenada por una modernización que tiende cada día más a la dependencia en todos los órdenes, y desde luego, a la dependencia cultural, con lo que se pone en grave riesgo nuestra personalidad como pueblo, nuestra idiosincrasia y nuestra identidad como nación independiente.

Ese es el riesgo que hoy corremos si no profundizamos en nuestras raíces culturales, no como una actitud chauvinista que se cierre a los avances del mundo, sino como una actitud frente a una regionalización mundial en la que la fuerza económica de los países del norte puede trastocar nuestro ser nacional.

1. Lombardo Toledano, Vicente. La perspectiva de México, una democracia del pueblo, edit. Partido Popular, México, 1956. p 94.